

y las aménazas de sus armas, enterado del camino que prevenia, habiendo á toda diligencia pasado el Mosa en Givet, entró por Pont de Loup, acuartelándose entre Florú y Mele, en los confines de Brabante y Naamur. Dispuso á 29 de agosto sus escuadrones, y puesto donde le alcanzasen á ver los que no le pudiesen oír, les dijo :

« No prevengo razonamiento para animaros, ántes vengo á fortalecerme con veros : conozco vuestro valor, tengo experiencia del aliento que os sobra para todos los trabajos, y con cuánto alborozo sabéis despreciar las dudas y suspensiones de la guerra. Empeñada está la fortuna con las armas católicas : cierto es que no se ha de desdecir de la justificacion con que nos ha asistido ántes. La ventaja que hoy tiene al enemigo orgulloso, es cuidado de la suerte para acreditar nuestra victoria, y que se aclame por la virtud, y no por el número. Gran fineza ha sido la de la providencia de Dios en escogernos, pequeño ejército, para defensa del mayor peligro y remedio de la mayor necesidad. ¿ Cuándo se vieron las armas de los contrarios tan adelantadas en estos países, seis leguas de Bruselas y otras tantas de Lovayna, ni tan reducido á los postreros lances la ruina y pérdida destes estados? Cuando los rebeldes, asistidos desta violencia, están desvelados con las armas en las manos, quiere Dios (á él se han de dar las gracias) que, corto escuadron, seáis orilla donde se rompa inundacion tan extraña y borrasca tan soberbia. Caricia es de la misericordia de Dios, que no sólo quiere defendáis á los vuestros, sino que vean el peligro con que lo hacéis, que oigan el ruido y sientan el fuego, que sean testigos de la libertad de que os serán deudores, y que la majestad Católica conozca que de sus fuerzas tiene en vosotros las mas diligentes y bien afortunadas, y las que mejor á mas riesgo logran su obediencia y acompañan sus estandartes : que á mi nadie me quitará la gloria deste peligro ni el blason del riesgo aparente con que tengo en poco, blasonando vuestro esfuerzo, esas escuadras, mas difeiles para contadas que para vencidas. Despreciada centella somos ; confiada vanidad nos busca : acreditemos el proverbio con el subceso ; conozcan que la nuestra es confianza y no desesperacion, y ave-rigüemos que la suya es osadia y locura delincuente, no valentia ni determinacion prudente. »

Con esto, habiéndole respondido los semblantes de todos, le embarazó el razonamiento el verse acometido de la caballería de Mansfelt, que le excedia en grande número. Prosiguió con las armas lo que exhortaba son las razones, tan bien asistido de los suyos como cercado de los contrarios, que con porfia y exceso y rabia, duplicados en cada uno de los nuestros, los escondian en su número. Mas reducidos á buscar la postrera defensa en sus manos, de tal suerte se desataron de los nudos con que los ceñian los escuadrones de Mansfelt, que en poco espacio de tiempo se hicieron lugar, de manera que echaban ménos en la rota los enemigos que ántes les sobaban en las amenazas. Duró la batalla desde la mañana hasta dos horas de la tarde, y fueron ménos dificultosos de vencer que de hallar. Murió de los nuestros don Francisco de Ibarra, maestre de campo, y algunos capitanes del tercio, y muchos alféreces y gente particular de naciones.

Murieron entre otros el baron de Armerios de Casa Rolin ; fué herido don Alejandro de Robles, conde de Homapas, capitán de caballos. De los enemigos, en esta primera refriega, murieron mil y quinientos ; perdieron ocho estandartes. Murió uno de la casa de Weymar, sajón de los que mas apretaban la batalla ; valiéndose de la ventaja del sitio hirieron en un brazo al obispo de Halberstad, y derribaron otros condes, y barones, y capitanes : quedó preso el Ringrave.

Mansfelt encaminó su huida á la baronía del Perwez, que es del baron Brabante, dejando por el camino mucha gente herida, y su infantería desamparada tan vilmente, que pareció estratagemas del temor dejar vidas en que se entretuviese nuestra gente, por asegurar su temerosa retirada. Y así sucedió, pues junto á Ham, en la frontera de Lieja, se la degollaron toda don Felipe de Silva y el coronel Granchier y algunas compañías de caballos que en su alcance invió don Gonzalo de Córdoba.

Las ruinas de Mansfelt llegaron lastimosas á Tilburg, aldea de Brabante, cuatro leguas de Bredá y de Bolduc, en número de cuatro mil hombres. Al obispo de Halberstad cortaron el brazo, de la herida, que fué enconosa, mas bien encaminada.

Á 4 de setiembre, la serenísima señora Infanta fué á Malinas por favorecer la gente de don Gonzalo de Córdoba, favoreciendo el valor de los soldados, que con victoria tan impor-

tante estrenaba el vasallaje y servicio del rey Católico, su sobrino don Felipe IV, á cuya corona, lo que fué duda y cuidado, determinaba Dios en triunfo y gloria.

En tanto que estas cosas en este estado prevenian por los enemigos venganza en España, la junta hizo sus cargos y dió traslado al duque de Uceda, Juan de Salazar y don Andres de Velazquez; y despues de hechas sus defensas y votada la sentencia, fueron condenados, y mas rigurosamente Uceda en costas, y restitution, y destierro disimulado. Apelaron todos, y la piedad de su majestad los absolvió por merced de los cargos que el tribunal no pudo.

VALTELINA.

Habiendo el duque de Feria, que en Milan era gobernador y capitán general, sucediendo á don Pedro de Toledo, considerado las afrentas que habian pasado las armas reales en aquellos estados, y con la dificultad que don Pedro de Toledo habia restaurado la parte que le tocó; y viendo las ocasiones de todo, y cuán recientes estaban dos odios, y cuán viva la discordia, y cuán desvelada la atencion del duque de Saboya, afianzada en los atrevimientos pasados.....

FIN DEL FRAGMENTO MUNDO CADUCO Y DESVARIOS DE LA EDAD.

GRANDES ANALES DE QUINCE DIAS

HISTORIA DE MUCHOS SIGLOS QUE PASARON EN UN MES. — MEMORIAS QUE GUARDA Á LOS QUE VENDRÁN DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO.

Á LOS SEÑORES PRÍNCIPES Y REYES

que sucederán á los que hoy son en los afanes deste mundo.

OSTENTACION hago de robusta caridad con vanagloria, que se puede permitir á la piedad de mi celo, en guardar en la clausura desta relacion con vida el escarmiento, y con voz el ejemplo y la verdad. Yo escribo lo que vi, y doy á leer mis ojos, no mis oídos. Con intencion desinteresada y con ánimo libre me hallo presente á lo que escribo con mas recato que ambicion. Ni algun odio me hace sospechoso este discurso para creerle, ni lástima popular para disculparle. No esfuerzo la pureza de mi verdad por mi reputacion; sólo porque, cuando mas allá de mi sepultura, y apartada de los sucesos hablare con vuestros designios mi pluma, por creida pueda ser provechosa, y me debáis, muerto y olvidado, el desengaño y la advertencia.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL QUE LEYERE

Yo escribo en el fin de una vida y en el principio de otra de un monarca que acabó de ser rey ántes de empezar á reinar,